

para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador no le conociéramos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

Pero no confirma nada menos la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su nacimiento divino. No hablo aquí de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de la razon y de la mas sana filosofía, todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas perecederas y amor á los bienes eternos; todo mantiene el buen orden y tranquilidad de los Estados; todo es grande porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas. El sábio del Evangelio no se propone otra recompensa de su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres; es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fe y es el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina filosofía las mas heróicas acciones son nada cuando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion como precipicio, las aficciones como favores, la tierra como destierro y todo lo que pasa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿qué hombre habló de este modo antes de Jesucristo? Y sus discípulos solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por dioses bajados á la tierra: ¿qué culto se podrá negar á su autor, en cuyo nombre lo anunciaban?

Pero dejemos estas reflexiones generales y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependéncia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él y que en él busquemos nuestra felicidad como en su Padre; que ordenemos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aun los pecados no se perdonan sino á los que le aman mucho, y el amor que se le tiene es toda la justificacion del justo y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿merece acaso la criatura ser amada por sí misma? ¿cuanto hay grande y digno de amor, no es don del que solo merece ser amado?

¿Qué profeta hasta Jesucristo vino á decir á los hombres: me amareis, cuanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amareis á vuestro Dios y Señor, dijo Moisés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo sino lo que puede hacernos felices; ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra perfeccion, ninguna criatura, pues, merece por sí misma que la amemos; esto seria idolatría: cualquiera hombre que se proponga á los demás hombres como objeto de su amor, es un impío y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Ser Supremo; es un mónstruo de soberbia y extravagancia que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el único santuario que jamás cedió la Divinidad á los ídolos profanos. La doctrina de Jesucristo, esta doctrina tan divina y tan admirada, aun de los paganos, no seria mas que una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia y de locura,



si no siendo él el Dios bendito en todos los siglos, hubiese intimado á sus discípulos en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y seria en él una ostentacion insensata el proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues extenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos soberbios filósofos que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

Pero aun mas; no solo quiere Jesucristo que se le ame, sino que pide á los hombres las señales del mas heroico y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los prójimos, que á los amigos, que á las riquezas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo entero y que á sí mismo; quiere que se padezca todo por él, que todo se desprece por él, que por él se derrame hasta la última gota de sangre: el que no le tributa estos grandes respetos no es digno de él; el que le compara con una criatura ó consigo mismo, le ultraja, le deshonra y no debe aspirar á ninguna de sus promesas.

¿Qué os parece, católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los ídolos, y aun como parece se contentaba el Dios verdadero; aun quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio para la gloria de su nombre; pero si no es dueño de nuestra vida, ¿qué derecho tiene á pedírnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿es por ventura ganarla el perderla por su amor? Si no fuera el autor de nuestro ser, ¿no seríamos sacrílegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura y á un simple enviado de Dios, el grande sacrificio de nuestro ser, destinado solo á reconocer la soberanía y po-

der del eterno Artífice que nos sacó de la nada? Muera Jesucristo en hora buena para glorificar á Dios, exhortenos á que sigamos su ejemplo; muchos profetas murieron antes que él por la causa del Señor y exhortaron á sus discípulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesucristo, si no es Dios, nos mande morir por él, que pida á los hombres esta última señal de amor, que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberíamos, ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos que se hubiesen dejado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿seria posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus, y prevalecer contra toda cuanta ciencia, doctrina y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvajes que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discípulos de Jesucristo que se han sacrificado por él? ¿No seria su religion una religion bárbara y sanguinolenta?

Sí, católicos, las Lucías, las Ineses, las Aguedas, aquellas primeras mártires de la fe y del pudor, ¿se habian de haber sacrificado por un hombre mortal, y queriendo mas derramar su sangre que doblar la rodilla delante de los vanos ídolos, no habrian hecho mas que huir de la idolatría, para caer en otra mas reprehensible muriendo por Jesucristo? Ignacio, aquel famoso mártir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser trigo de Jesucristo, ¿habia de haber perdido todo el fruto de sus tormentos y merecido desde entonces ser depedazado por leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? ¿Los generosos confesores de la fe no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insen-



satos? ¿la tradicion de los mártires no habia de ser mas que una escena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los tíranos y perseguidores los defensores de la justicia y de la Divinidad, y el cristianismo una secta sacrílega y profana? ¿habia de haberse engañado el género humano? ¿y la sangre de los mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿pueden los oídos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí mismo para confundirla?

Estas son, católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesucristo, sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida, y en una palabra, quanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su divinidad, esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo quanto por él despreciamos, y darnos mas que dejamos, dándonos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el apóstol San Juan, confiesa que Jesucristo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesucristo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesucristo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de la muerte eterna; de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos, les abrió el cielo, les aseguró la posesion del reino de Dios y de los bienes eternos, y los trajo la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aún sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aún

en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicándonos continuamente el precio de su sangre; forma pastores que nos instruyan, inspira profetas que nos enseñen, santifica á los justos para que nos animen con su ejemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias, no hay pasion en el hombre que no cure su gracia, no hay afliccion que no haga amable, no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿un hombre solo pudiera ser origen de tantas gracias para los demás hombres? ¿El Dios Soberano, tan celoso de su gloria, pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que casi mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan útil y tan necesario á los demás hombres llegase por último á ser su ídolo? ¿que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de Dios, llegase muy presto á tomar lugar en nuestros corazones?

Porque advertid, católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos dioses; los hombres olvidando al Autor de su ser y del universo, adoraron primero al aire que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al sol que los alumbraba, á la luna que presidia á la noche; estos eran su Cibeles, su Apolo, su Diana; adoraban á los conquistadores que los habian libertado de sus enemigos, á los príncipes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos é inmortalizado la memoria de su reinado. Júpiter y Hércules fueron colocados en el número de los dioses, el uno por sus muchas victorias, el otro por la felicidad y



tranquilidad de su reinado. Los hombres en los siglos de la superstición y credulidad, no conocían mas dioses que aquellos que los hacían bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

Esto supuesto, católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesucristo? Acordaos de cuanto nos refieren los siglos paganos en la historia de sus dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los libros santos que el mundo debe á Jesucristo: creían ser deudores, á unos de la serenidad del aire y de una feliz navegacion, á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas, á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos, y de la salud á su Esculapio. ¿Pero qué son estos cortos beneficios comparados con los que Jesucristo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia y la verdad; hizo un mundo nuevo y una tierra nueva; llenó de bienes no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos y á todo el mundo; además de esto, por ser nuestro bienhechor se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? Si el agradecimiento, pues, hizo los dioses, ¿podían faltar adoraciones á Jesucristo entre los hombres? ¿sería conveniente el que le debiésemos tanto, si pudiera haber exceso en el amor y agradecimiento?

Aun mas, católicos: cuando murió hubiera advertido á sus discípulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios, que él solo había sido el instrumento y no el autor ni la raíz de todas estas gracias, y que así debían olvidarle y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acaba Jesucristo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discípulos le olviden y dejen de esperar en él despues de su muerte, sino

que al mismo tiempo de dejarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

A la verdad, las promesas que les hizo en este último momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les había concedido durante su vida; primeramente les promete el espíritu consolador, á quien llama espíritu de su Padre; este es el espíritu de verdad á quien no puede resistir el mundo, el espíritu de fortaleza que había de formar los mártires, el espíritu de inteligencia que había de alumbrar á los profetas, el espíritu de sabiduría que había de conducir á los pastores, el espíritu de paz y caridad que de todos los fieles había de hacer no mas que un solo corazón y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesucristo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio y prometerle á los hombres, si no es espíritu propio suyo? Elías subiéndolo al cielo mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliseo su doblado espíritu de celo y de profecía; ¿cuánto mas lejos estaría de prometerle el espíritu eterno del Padre celestial, aquel espíritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso, las promesas de Jesucristo se cumplieron; luego que subió al cielo, el espíritu de Dios se derramó sobre todos sus discípulos; los simples quedaron mas sábios que los sábios y filósofos, los flacos mas fuertes que los tiranos, los insensatos segun el mundo, mas prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifestábase en la tierra nuevos hombres, animados de un nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espíritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incrédulos, consolará á sus discípulos, los sostendrá entre



las persecuciones y oprobios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazón de que son hijos de Dios, y de que este augusto título les da derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

En segundo lugar Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, católicos? se escandalizaron los judíos porque él mismo los perdonó y porque parecía atribuirse un poder reservado á solo Dios; ¿pero cuál será el escándalo de todos los pueblos de la tierra cuando lean en su Evangelio que dejó este poder á sus discípulos? Si no fuera Dios, ¿podrían la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? ¿Qué derecho tendría sobre las conciencias para atarlas ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder que ni aun él mismo podía ejercer sin blasfemia?

En tercer lugar, aun no basta esto, promete tambien á sus discípulos el don de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moisés á sus discípulos el don de los milagros con que le favoreció el Señor; conocia que esta virtud le era comunicada y que el Soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso cuando despues de su muerte mandó Josué al sol que se detuviese en medio de su carrera para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este astro que se detenga en el nombre de Moisés; no habia recibido de él el poder de hacer detener á los astros, ni se encomienda á él cuando quiere usarle; pero los discípulos de Jesucristo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos y dan piés á los cojos, y sin

este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moisés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesucristo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reino.

¿Qué he de decir por último? Promete á sus discípulos la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los césares, de los tiranos, y que su Evangelio será recibido en todo el mundo: ¿tiene acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza de la que hasta entonces no habia habido ejemplar en el universo? Acaso respondereis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os engañais, porque si no fuera Dios tampoco seria profeta; sus profecías serian sueños y quimeras. Seria un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro desmintiendo los sucesos de la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que están sentados bajo la sombra de la muerte, van á abrir los ojos á la luz, y no veria que adorándole iban á caer en mas culpables tinieblas. Profetiza que su Padre será glorificado y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no veria que los hombres iban á deshonrarle para siempre, igualando con él aquel Jesus que no debia ser mas que su enviado y su profeta; profetiza que serán derribados los ídolos, y no veria que él habia de ser colocado en su lugar; profetiza que se formará un pueblo santo de todas las lenguas y de todas las tribus, y no veria que solo vendria á formar un nuevo pueblo idólatra de todas las naciones que le colocarán en el templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos, que todo lo